

en fluviales oros la infecta llaga de su faz. ¿Arbitrio efectista, es decir bajeza de arte, o complacencia de escatólogo como le han motejado?... En todo caso, esas porquerías adrede repugnan sin atenuación.

Que muchas veces hubo de inmolar a la misma Belleza en su yunque, es evidente. El, que la adoraba en la fecundidad del mundo, en la perpetuidad de la vida, con todas sus miserias y todos sus fervores, la sacrificó a sus enfermos, a sus miserables, en una como fanática devoción; y es cosa de inclinarse conmovido ante esa ternura furiosa que no vacila en encanallar al arte mismo, para tirarse a cierra ojos en la zarza ardiendo de su fe.

Pues su entusiasmo es todo ternura; ternura enorme, de esas que, como el firmamento, tiñen océanos sin agotar su azul. En el fondo de las más sombrías desesperaciones, en el tugurio donde a contrapunto se encarnizan la miseria y el frío, en la misma catástrofe, en la orfandad, en el abandono, en los páramos de la ciencia exclusiva, nunca falta la limosna de amor, ofertada por los labios amigos de la mujer, Jardín de las Delicias donde se olvida las penas y la Patria.

Entre semejantes rasgos hay uno supremo. El hombre de la mina, el nihilista de *Germinal*, que vive encovado en sus principios como una fiera en su breña, tiene un amor. No alcanza a tanto como una mujer, porque es tímido más que un adolescente aquel inflexible. No se alza hasta pretender un amigo, porque su soledad es árida como el cuarzo. No llega siquiera al apego de una de esas viejas, cuyas grimas triviales se suman a los grandes dolores en una como afición de animal doméstico, porque en la totalidad de su miseria esto fuera pompa insolente. Ni se permite el lujo de un expósito, ni la opulencia de un perro que le lama las manos. Su amor es una coneja desmirriada que los muchachos suelen apedrear. En ese saco de carnaza, que no sabe expresar sino el miedo con sus orejas largas y sus ojos estúpidos, ha depositado su afecto el triste. Es perseguida y la defiende, es tímida y la acoge, y circunstancia que la hace aún más querida—es fea.

Cuando le abstrae la nostalgia, y en la humedad errabunda de sus ojos vacila un paisa-

je natal, su pecho se desacerba al contacto de aquella animalidad que duerme en sus brazos, y la tristeza, sin disminuir por esto, flota en su espíritu como una endecha nocturna...

Un día los pilletes matan al animalucho, y eso coincide con el fracaso de los compañeros cuyo alzamiento ha tomado por decisiva reivindicación: con el triunfo de la bestia capitalista, la mina tenebrosa que seguirá tragándose. Imagínase uno aquella desolación de padre, cuyo dolor ante el parvulillo moribundo, se trueca en resignado despecho, protestando la fatalidad con esas palabras brutales que los hombres mascullan para no llorar:

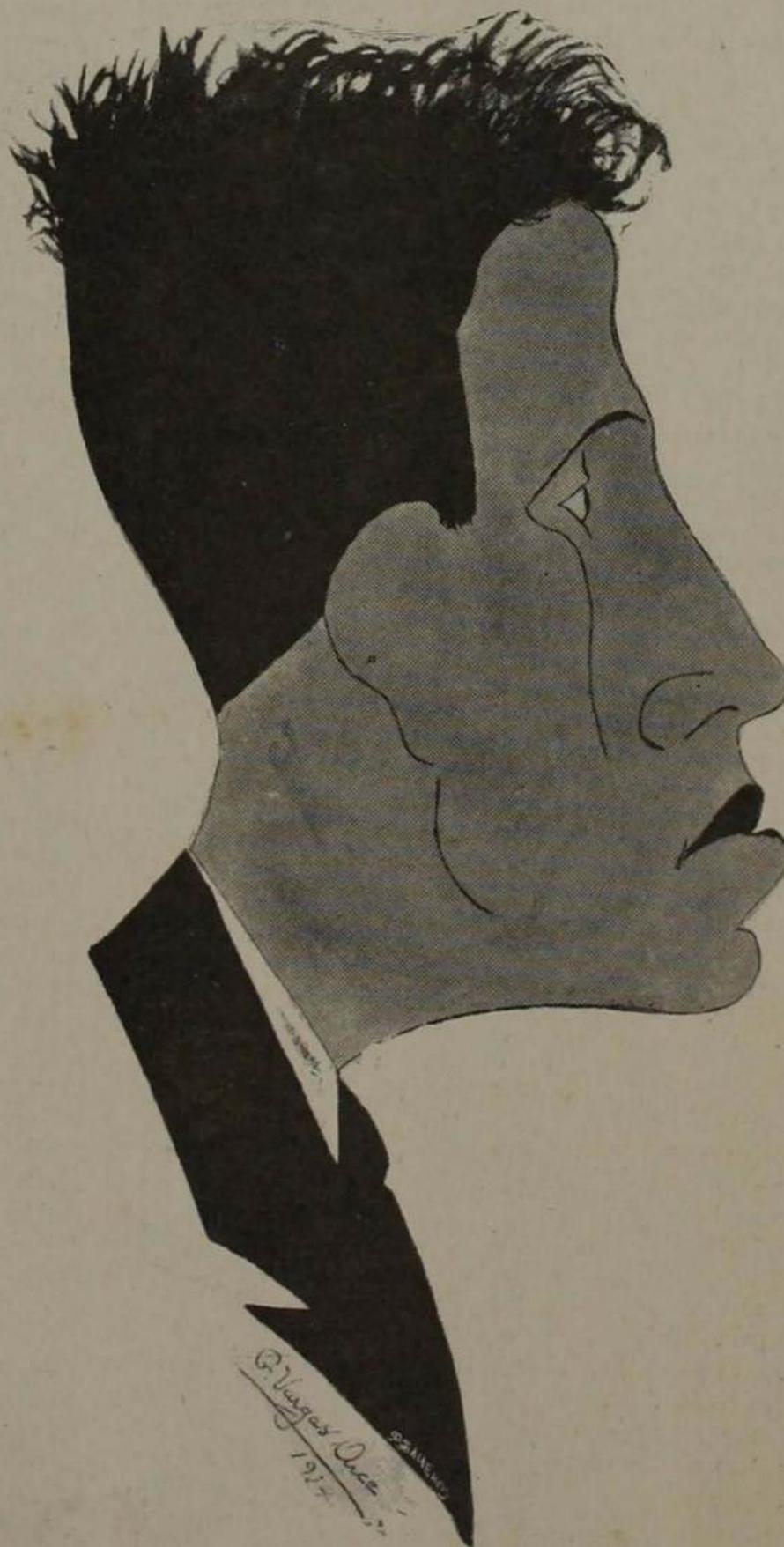
—Mejor!... qué diablos!... que es muera!...

Después, ya no queda sino la voluptuosidad de destruir, desatando el subterráneo diluvio en vorágine de tinieblas y de agua. Destruir y desaparecer hecho cosa, extraño para sí propio como el cadáver de un desconocido, pues de tal modo elevan y deprimen esas fraternidades del dolor. Yo no he hallado nada parecido, de no ser aquel poema hindú, donde el héroe prefiere su perro fiel a la morada de los dioses.

El panteísmo del escritor, así manifiesto, determina también su estética. El himno del esfuerzo creador, que niega a la muerte, revibró en sus labios. Un soplo de áspera caridad y fiera ternura, aventó en su curso confortantes aromas, inaugurando una especie de épica singular, menos serena que la clásica y menos conmovedora que la romántica, pero igualmente colosal y más vibrante que ambas, por ser mayor en profundidad y amplitud su concepto de Belleza.

En efecto, a ser la vida un río—«el río de la vida», según el antiguo símil—la primera épica lo miró desde la orilla; la segunda lo bogó en versátil góndola; únicamente la tercera se sumergió en sus aguas, forzó las esquiveces de la onda, más femenina aún que la Inconstancia de Shakespeare; revolvió los limos del fondo, el hormigueo de sus larvas; puso a modo de levadura su sudor en esa promisión de vegetaciones, con los brazos sucios de crear—así el númer de las fraguas batiendo el cósmico broquel—hasta trocar esos fluidos en una flor de sangre pura, culminante a despecho de toda adversidad sobre los Capitolios de su esfuerzo. Aquello fué la eucaristía de la escoria.

Ya dije que en la obra de Zola las impresiones son de conjunto ante todo, pues se trata, ante todo, también, de un descriptor. Aparte la fórmula científica o humanitaria que compone su núcleo, es casi inútil buscar ideas allí. Su psicología es mediocre o subalterna, su poesía una sucesión de cuadros inmensos. De aquí su facilidad para mover multitudes, su descendencia de mil doscientos Rougon Macquart y otros; su abundancia épica, que exige monumentos de lencería como otras tantas Babilonias, en



ANTONIO ZELAYA

(Visto por VARGAS ARCE).